

editorial

Si fuera el primer paso...

Al despertar Gulliver se sintió maniatado, sin advertir en un primer momento qué le amarraba a la tierra. Luego percibió que eran innumerables cuerdas, todas delgaditas —las sogas de Lilliput lucían a sus ojos como finos cordeles— aseguradas al suelo por diminutas estacas. Cada atadura habría sido incapaz de trabar sus movimientos, pero el gran número suplía su individual debilidad. Si hubiesen sido gruesas cadenas, Gulliver no se habría encontrado más preso.

A Uruguay le acontece algo semejante. Aunque algunas de las ligaduras que le aprisionan son potentes, en su mayoría son frágiles en lo singular, hercúleas en lo colectivo. Ahora le anuncian que van a cortarle una de las menos robustas. La noticia es buena, pero sólo por la intención que revela en sus cancerberos de irle liberando. En sí misma, la cuerda que parece que van a soltarle significa muy poco. Con ella, sin ella, el desdichado estará de todos modos impedido de reanudar la marcha.

Las ataduras que inmovilizan a Uruguay tienen la peculiaridad de poseer nombres, nombres extraños que se escriben íntegramente con mayúsculas. La que ahora dicen que van a aflojarle se llama ILPE. Como adelantábamos, por liviana, es una de las que menos le entorpecen, pero al mismo tiempo, por ridícula, es una de las más odiosas. Hallarse sujeto por grilletes disparatados resulta, como ser custodiado por guardianes absurdos, particularmente ofensivo.

Los hechos han tenido una publicidad desusada. Resulta que ILPE tiene un capital de dos millones de dólares y pierde uno y medio al año, y que habría sido rentable subirle el sueldo a sus empleados y dispensarles de concurrir al trabajo. Esto significa que el pescado que procesa y exporta o vende localmente vale menos cuando sale de ILPE que cuando ésta lo compra, junto con otros insumos, a terceras empresas. Esta relación insumo-producto perversa es asimilable al hipotético caso de un molino (o tal vez habría que llamarlo **antimolino**) que usase harina como materia prima, y la transformase en trigo, o al de una **antibodega** que convirtiese el vino en vid. Análogamente, ILPE ha estado comprando pescado y otros suministros para procesarlos, y ha estado aplicándoles mano de obra, para **restarles** valor, en lugar de agregárselo, como hacen las empresas ordinarias, que cuando pierden es porque no pueden recuperar la totalidad de los pagos a sus propios factores de producción. No es, como ahora ha sido revelado, el caso de ILPE. Allí los insumos valen más que el producto, las pérdidas exceden de los pagos a los factores. En una palabra, ILPE no es una pescadería: es una **antipescadería**.

Es interesante seguir las reacciones que ha suscitado la propuesta del Presidente de la República de poner fin a esta operación de trituración de riqueza, que es en realidad el ramo a que ILPE se dedica. Hay quien se ha

inquietado por el pescado barato que ILPE suele vender a hospitales, Consejo del Niño y otras entidades que han despertado su generosidad. Y ha sido preciso tranquilizarles, asegurándoles que otros organismos del Estado continuarían esa función social. Aparentemente será el Consejo Nacional de Subsistencias quien se encargue en lo sucesivo de que los niños y los enfermos puedan seguir comiendo pescado a precios accesibles. Los inquietos han recibido esta noticia con alivio. Para ellos no sería igual, al parecer, que se entregase al Consejo del Niño y a las administraciones hospitalarias una parte del dinero que se ahorre con el cierre de ILPE para que compren el pescado en el mercado general. En algún misterioso sentido es imperativo que el Consejo de Subsistencias acuda y confiera a aquellas instituciones una dádiva, tomando el dinero, por supuesto, de la misma bolsa. Es como si en todo el año los padres no pudieran regalarle un juguete a sus hijos sin disfrazarse de Papá Noel.

Se ha sabido, asimismo, que el sindicato de ILPE, ATILPE, se opone al cierre. El gobierno ha asegurado al personal que no habrá cesantías, y sólo se retirará el que se sienta tentado por los incentivos que se proyecta ofrecer a los funcionarios que renuncien. Aparentemente, no es bastante. Que la situación de cada funcionario esté resuelta, que el que quiera seguir como funcionario siga, y el que quiera ser ex funcionario incentivado se retire con el incentivo en el bolsillo, no llega a satisfacer. Es imperativo que los funcionarios de ILPE sigan en ILPE, sabiéndose parásitos a quienes el pueblo uruguayo tiene que alimentar con sudor y lágrimas. Conscientes de que su trabajo es sólo un simulacro de trabajo, y su empresa un mero remedo de empresa.

Asimismo oímos a un legislador del PS argumentar contra la liquidación. Se basaba en las deudas que numerosas empresas privadas del mismo sector tienen con el BROU, cuyos servicios de intereses, a estar al expositivo, permanecen impagos. Si el BROU aplica fondos de la comunidad para subsidiar a empresas privadas, la reacción del PS bien podría ser la de protestar, en lo que nosotros le acompañaríamos plenamente. Pero no. Ni tampoco la de aducir que si al BROU le sobra dinero, al pueblo uruguayo, que es su legítimo propietario, claramente le falta, en lo que tampoco imaginamos que pudiera contradecírsele. El argumento es otro: si el Estado transfiere recursos de los esforzados contribuyentes uruguayos, no todos siquiera bien nutridos, al sector pesquero privado, entonces que desembolse más dinero aún del mismo origen, a fin de subsidiar también al sector pesquero público. De todas maneras, la operación de trituración de riqueza debe continuar.

Dicho sea de paso, el legislador de marras se muestra-

ba muy orgulloso de que hubiese sido su sector político el que provocó la resurrección de ILPE, que la dictadura había declarado difunta en la undécima hora de su gestión. Uno habría pensado que, dos años y tres millones de dólares más tarde, resultaría al fin transparente que el error del régimen militar no fue decretar el deceso de ILPE, sino haberla mantenido en el pulmotor durante una década. Pero no ha sido así, más bien parece que se quiere proclamar la infalibilidad del Parlamento democrático.

De filas favorables a la liquidación también ha salido alguna contribución al folclore estatista. Está bien que el Estado se retire al fin del sector, aducen, porque su misión tutelar de la actividad privada incipiente ya la ha cumplido. Ahora, cual padre que quiere hacer lugar al progreso de sus vástagos, se hace generosamente a un lado. La verdad tiene con este planteamiento una relación frontalmente conflictiva. Por décadas SOYP, el adelantado del estatismo pesquero, libró una guerra victoriosa para reprimir el desarrollo del sector privado. Finalmente, bajo el régimen militar, los obstáculos fueron removidos. Por compensación, se agobió a las empresas con un gasto de capital desmesurado, imponiendo que los barcos tenían que ser nuevos y conformes en todo a los deseos del zar de la pesca infligido por la dictadura. De ahí la penosa situación financiera de la mayor parte del sector. La verdad es que el único factor que ha promovido la pesca en el Uruguay son los peces, cuya abundancia en nuestras aguas y alrededores también promueve la actividad entre los chinos, coreanos, japoneses, polacos, soviéticos, etc.. Y el Estado uruguayo, si bien ha jugado en este partido, muy claramente lo ha hecho en el otro cuadro.

Como quiera que sea, es bueno que se libere al Gulliver oriental de una de sus ataduras, pero no podemos perder de vista que es de las más delgadas. Un ahorro de un millón y medio de dólares al año apenas si nos dará para maníes. Si estamos resueltos a reducir el despilfarro de las empresas públicas a proporciones razonables, tenemos centenares de millones de dólares para ahorrar. Tal vez una suma equivalente al pago de intereses sobre nuestra deuda externa. La cabeza le da a uno vueltas apenas se asoma al tema de lo que el Uruguay podría llegar a ser y hacer si recuperase la cordura y enfrentase este paralizante mal pura y simplemente con racionalidad.

Por el momento, tomamos la noticia de ILPE con beneplácito pero con gran cautela. Ya nos regocijamos una vez con la noticia de PLUNA y titulamos un editorial "Aurora de sensatez". No queremos volver a tropezar con la misma piedra. Si vemos que ILPE se va por donde tiene que irse, y lo hace pronto, y vemos de veras le hacen el equipaje a los que están primeros en lista para seguirla, entonces volveremos a otear el horizonte a ver si clarea.